





REVERSO



Rafael Romero Rico

# REVERSO



Primera edición: enero 2020  
© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.  
© Rafael Romero Rico

ISBN: 978-84-18097-34-8  
ISBN digital: 978-84-18097-35-5  
Depósito legal: M-39911-2019

Editorial Adarve  
C/ Ros de Olano, 5. Local.  
28002 Madrid  
[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)  
[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)  
Impreso en España

*La vida es un viaje, no un destino.*  
Puerta de los retretes del área de servicio 62.  
El Pueyo (Huesca).

*Y la cara que había dibujado, aparecía hermosa y horrible,  
buena y mala viva y muerta, hablando y callada.*  
HERMANN HESSE. Demian.



*Dedico este libro a todas aquellas personas que han tenido la gratitud, el arrojo y la confianza, de hacerme partícipe de los pesares que habitan en sus alegrías, y de las grandezas que atesoran sus flaquezas.  
A Elena, Celia y Diego, por completar el cuadrado que da simetría a mi vida.  
Mariano, sastre lingüista indispensable para la buena presencia de este libro. Gracias por tu dedicación y cariño.*



# I

Esparcí con sumo cuidado el polvo blanco sobre el liso abdomen de esa mujer a la que prácticamente doblaba en edad y que no consigo recordar si se llamaba Marta o Elisa. Hice un raquítico caminito de miguitas lechosas alrededor del ombligo, en su fondo dejé caer el resto del contenido de la bolsa. Sin perder de vista el vientre, esnifé con fuerza cada gramo siguiendo el mismo recorrido en el que había colocado con mimo la coca, para acabar sumergiendo mi lengua en la poza hasta vaciarlo por completo. Levanté la cabeza demasiado rápido y los ojos dieron unos cuantos traspiés sobre sus órbitas antes de alinearse con ellas. Respiré profundamente. La vena yugular de mi cuello se inflamó arrebatándole toda la sangre al cerebro. Las puertas del nirvana cedieron sin resistencia ante mi paso, aunque sería más acertado decir ante mi vuelo. ¡Guau, menudo viaje! Me hubiera encantado llevarte conmigo, de veras, las cosas grandes de la vida hay que compartirlas; si no, ¿de qué?

La mujer que yacía ante mí era hermosa. ¡Vaya que si lo era! Puedes apostar por ello, hermano, que una mujer así hace perder el juicio a cualquiera que tenga dos dedos en la puta frente.

No sé qué me pasa cuando voy colocado que digo horteradas como *hermano, esto es total* y otras mierdas de quinceañero de suburbio. Si me oyesen mis padres se abrirían la cabeza con una sartén. Perdón, ellos lo harían con el diccionario, que la gente de estudios hasta para tirarse un pedo mantiene la clase.

Notaba que iba poniéndome a tono al ritmo de una locomotora desbocada. La tenía tan dura que me dolía. Tuve que mirár-

mela para ver si le pasaba algo a la muy condenada. Aunque para condenada la chavala: la tenía a tiro cuando se escurre como un maldito calamar, me gana la espalda y, aprovechando su peso, me hace caer sobre la cama de bruces. «No tan rápido, vaquero» —me dice la tipa—. Con sus piernas en jarra abrazándome el cuerpo y una mano apoyada sobre mi nuca, aplastándome el careto contra la almohada, se dispuso a buscar con la mano restante otra bolsita con farlopa que teníamos en la mesa. Su caminito siguió un curso discontinuo de ceñidos trazos blancos que partió de la parte inferior de mi columna vertebral donde se junta con el coxis, me hizo cosquillas al entrar por la raja del culo, para acabar los restos en una poza más profunda y oscura que la de su ombligo. No sé si la dichosa Marta-Elisa era una condenada imitadora o todos los yonkis realizamos los mismos rituales, pero después de esnifar toda la coca en dos tiempos y a falta de más espacio en la nariz, lamió la poza blanca hasta dejarla con su color mate original.

Follamos duro. Al punto de la agresión, en esa fina y delicada escarcha que separa la pasión de la ordinariez, el sexo de la perversión. Como tú bien sabrás la vida concede pocas treguas donde uno pueda aposentarse a pierna suelta sin que la mala suerte te agarre las pelotas. Llevábamos un buen rato dándole de lado y la cadera se me pinzaba por momentos. Pinzamientos mientras follas, así están las cosas, amigo; cuéntaselo a un chaval y se desternillará en tu cara. Menudo cretino, a ver si se ríe tanto cuando ande cerca de los cincuenta. El caso es que al cambiar de postura para descargar la cadera me encontré con la foto de mi mujer y mis hijos. Con las prisas, cuando abrí la cartera buscando una tarjeta de crédito para alinear el perico di con la foto y la usé. Luego la dejé tirada en el suelo, parece ser. Ya, hay que ser hijo de puta, yo también lo pienso, y más que lo pensaré cuando regrese de Saturno, pero en esos momentos, yo qué sé, supongo que no pensé. ¡Qué hostias voy a pensar! Si hubiese pensado ni siquiera habría hablado con la niña esta en el bar. Llevaba horas dejándome llevar hasta que vi la foto tirada en el suelo. Verla y que se me bajara fue todo uno. Joder, habrá quien se corra estas juergas

todas las semanas, pero yo estos viajes montado en la Vía Láctea, acompañado de una chavala, me los doy de pascuas a ramos. Estarás pensando que soy el mayor bastado que ha pisado la tierra; bueno, la tierra es bastante grande. De todas formas, ya te he dicho que no es algo que haga todos los días. A ti no tengo por qué mentirte, sería como engañarme a mí mismo. Igual ahora estás pensando que los tipos como yo son precisamente a ellos mismos a quienes más se mienten; ahí no te falta razón.

No me hacía mucha gracia que aquí la domadora de vaqueros se diese cuenta del gatillazo. Con el pinzamiento de cadera mi autoestima ya iba bastante amordazada. Le puse cualquier excusa chorra, que me habían entrado ganas de mear o yo que sé, y la dejé jadeando sobre la cama. Fui a buscar mi chaqueta al salón, una hora antes me había deshecho de ella y del resto de la ropa como quien se quita una prenda en llamas, cogí la pastillita azul que iba buscando del bolsillo interior y, la dejé entre los dientes hasta que encontré uno de los vasos a los que aún le quedaba un culo de whisky. Tenía que ganar un poco de tiempo hasta que hiciese efecto la pastilla, y salí por donde pude.

—He visto en el salón unas fotos que tienes con tu familia. No sabía que tenías una hermana —vaya ocurrencia, no sé ni cómo se llama y me hago el sorprendido porque tenga una hermana.

—¡Qué coño dices! ¿Quieres venir a la cama y dejarte de tonterías?

—Cielo, solo me interesaba por ti —¿cielo? Tengo que dejar de chutarme solo para no decir estas mierdas.

—No soy tu cielo. Y si de verdad quieres hacerme feliz cállate de una vez y tumbate conmigo.

—Me ha llamado la atención que las fotos que tienes con tu hermana son todas muy antiguas. Espero que esté bien.

—Y dale con mi hermanita. No está muerta si es lo que te preocupa. Aunque para mí como si lo estuviese.

—No digas eso. No sé qué habrá pasado, supongo que lo de siempre: malos entendidos, reproches, sentimiento de que uno da

más de lo que recibe... Es cuestión de tiempo, pero en las relaciones largas siempre acaba por pasar lo mismo. Hay que superarlo. El resultado final merece la pena, no tengas duda —digo lo que pienso, otra cosa es que sea capaz de llevar a cabo lo que digo. Seguro que en esto me entiendes.

—¿Cómo puedes hablar así si ni siquiera nos conoces? No sabes nada de ella, de lo que ha hecho.

—¿Hace falta conocer a un pájaro para saber que le gusta volar? Tu familia no es muy distinta a cualquier otra.

—Eso es una gilipollez —claro que eran gilipollecitas, pero se moría por creérselas.

—Supongo.

—Yo la quiero, pero lo que no puede ser, no puede ser. ¿No crees?

La banda sonora que necesitaba mi soldado sonó con el ímpetu de mil tambores y la llamada de lo salvaje se adueñó de mí. La artificial química de las farmacéuticas se impuso a la mundana psicología de los humanos. Un bravo torrente de sangre inundó mi entrepierna aportándome una vigorosidad, que venció por la mano la creciente inseguridad que se iba adhiriendo a mí con el paso de los años. Por desgracia esa bonanza de espíritu se perdía al poco de eyacular, demostrando por enésima vez que lo que rápido se adquiere, rápido se presta a marchar.

Me corrí, que es a lo que habíamos ido, y en seguida dejó de tener sentido permanecer allí; de hecho, ahora no veía sentido alguno a haber ido. Qué fácil se ve todo cuando las conexiones sinápticas no están encharcadas en semen, con qué holgura caminan la ética y los valores, y qué ridículo se siente uno cuando parpadea y descubre, como si de un mal sueño despertase de golpe, que sus instintos lo han llevado al borde de un precipicio para descubrir, al asomarse al abismo, que todos los riesgos de la travesía han sido baldíos. Niño inocente cautivado por un espejismo, niño cruel que arremete contra todo lo que se interpone de su oasis prometido, niño envuelto en lágrimas lastimeras al querer volver al punto de inicio y no poder.

—Me tengo que ir a trabajar.

—¿Ya?

—Entro en media hora.

—¿Nos volveremos a ver?

—No, la verdad es que no —a veces me dan unos arrebatos de sinceridad que no entiendo. ¿Tan difícil era decirle que sí y luego desaparecer?

—¿Por? —ves, me lo tengo merecido. Una conversación que habría acabado en un segundo con una mentirijilla promete alargarse dios sabe cuánto por una verdad.

—Lo hemos pasado bien, quedémonos con eso.

—Me gustaría volverte a ver, Dani.

—Ya, bueno, no sé.

—¿Qué demonios no sabes?

—Lo siento, pero no tienes cabida en mi vida.

—Eres un cerdo.

Acabé de vestirme, me despedí sin encontrar respuesta y salí por la puerta tocándome los bolsillos con la sensación de que me dejaba algo.

No le mentía, tenía que ir a trabajar. Conduje a toda velocidad, no porque tuviera prisa, sino porque hacerlo de otra forma me pone de mal humor. No siempre, solo cuando no quiero pensar. Se me heló la sangre cuando oí la escandalosa sirena de un coche de policía. Me jode en el alma que me multen, aunque no tanto como para dejar de hacer todas las cosas por las que podrían multarme: —No me jodas. ¡No, me jodas! Por Dios, que pasen de largo—, me decía a mí mismo sin quitar la vista del retrovisor. El coche patrulla resultó ir por una calle paralela y respiré aliviado cuando lo vi alejarse. Estos devotos pensamientos que me acercan a Jesucristo y a todos los apóstoles con tal de que me saquen de un apuro me llevaron poco tiempo, el suficiente para invadir el carril contrario durante unas decenas de metros; qué decir que a mí se me hicieron muchos menos. Ningún coche vino de frente, por lo que a todos los efectos, para mí no fue más que un descuido sin la

menor importancia que no guardaba relación alguna con las horas que llevaba sin dormir, las drogas y el mal humor con el que estaba conduciendo. Sí, visto desde fuera igual no estaba en plenas facultades para manejar ni un triciclo, pero si lo veías más desde fuera aún, que es desde donde se mira cuando vas medio colocado medio agotado, iba en plena posesión de mis facultades; más que nada porque cuando uno va pasado de vueltas no existe esa valoración sobre si se está capacitado o no para algo.

Los siguientes quince minutos conduje sin mayores contratiempos, siempre hecha esta valoración desde la estación espacial internacional en que orbitaba, perdido en pensamientos bastardos aunque con un linaje común: todos eran un asco. Vi la señal que anunciaba no exceder los 50 Km/h de la curva que encaraba, pero la vi sin más, en esa forma de mirar tan propia de mí en la que la música va por un lado y los pies por otro. Al no procesar la información, no contrasté la recomendación con los 93 Km/h a los que me desplazaba. Me culeó un poco de atrás el coche, hice un rápido juego de manos con el volante, lancé unas blasfemias y, cuando salí de la curva me invadió la rabia y aceleré con decisión. Claro que me asusté, pero fíjate si manejo mal el miedo que cuando lo siento me pongo de mala hostia.

El carril por el que circulaba se acababa un poco más adelante y tenía que incorporarme al de mi izquierda. Al mirar por el espejo retrovisor comprobé que un coche venía a cierta velocidad, aunque no tanta como para que no me diese tiempo a pasar si aceleraba. Calculé mal. Quizás bastante mal. Por el espejo retrovisor vi con surrealista lentitud cómo el coche se retorció sobre sí mismo mientras los neumáticos se agarraban al asfalto con todas sus fuerzas. Se dejaron literalmente la piel, que al quemarse provocaron una leve columna de humo acompañada de un desgarrador aullido. Con todo, no le daría tiempo a detenerse, y un instante antes del golpe cerré los ojos. Cuando los volví a abrir la colisión no se había producido. Paré un poco más adelante a recuperar el resuello y el otro coche se acercó a mí.

—¡Estás loco! ¡Nos podíamos haber matado!

Yo aún estaba en shock. No podía creerme de la que me acababa de salvar.

—Sí, sí. Vale chaval. No te aceleres.

—¿Que no me acelere? Pero este tío es idiota —le dijo a la chica que le acompañaba. Los dos estaban blancos como una tiza.

—Igual he entrado un poco forzado, pero podías haber frenado antes. Hemos estado bien cerca de damos una buena.

—¡Pero si te has metido como un camicace! ¡Ni siquiera has puesto el intermitente!

—¿Tienes ojos, no? Pues úsalos, joder, úsalos, que parece *tolai*. Si ves que voy un poco pasado frena antes, no es tan difícil, digo yo.

—Esto es el colmo, ¿pretendes echarme la culpa de lo que ha pasado? Estás loco.

El chico tenía más razón que un santo, el error había sido mío y estaba reaccionando como un auténtico gilipollas, que es como suelo reaccionar cuando me equivoco. Si no estaba en mi mejor momento para conducir, tampoco lo estaba para discutir.

—Y yo me cago en todos tus muertos. Si llegas a arañarme mi BMW te comes los dientes. ¡No jodas! Si parece un pueblerino con ese, ¿qué es eso?, ¿un Skoda o una mierda de esas de taxetos? —la farlopa tiene estas cosas y, mi carácter también.

—A ti lo que te pasa es que aún no te han partido la cara como dios manda. Pijo soplapollas —aquí el amigo no iba drogado, sencillamente la agresividad es un señor que todos llevamos oculto en una cajita, que ante determinadas circunstancias, salta de su escondite como esos payasos que tienen la cabeza unida a un muelle.

—¿Y vas a ser tú quien me la parta, niñato? Desde luego debería tenerte miedo, porque un cutre como tú, que no sabe ni leer, debe pasarse la vida en el gimnasio. Vales menos que la bala que tendrías que meterte en la cabeza.

Aquí el amigo se empezó a bajar del coche. Lejos quedaba ya su palidez y ahora mostraba una clara determinación a darme tan-

tos porrazos como pudiese, y alguno más. Su novia, su hermana o quien fuese le agarraba del brazo y le pedía entre gimoteos que lo dejase pasar, que no merecía la pena y esas cosas que dicen las mujeres cuando quieren que sus hombres dejen de ser hombres. La mayoría de los tíos usan los reclamos disuasorios de sus damas para esquivar la pelea, como si fuesen muy valientes pero su galantería estuviese por encima de su honor; este no. Se deshizo con brusquedad del brazo de su acompañante y se plantó fuera del coche.

—¡Tú! —me gritó.

No hizo falta decir nada más, el órdago iba limpio de confusiones. Se acabaron las pantomimas, los alardes y faroles. Si no salía del coche estaba dejando a ese tipo mearse en mi sopa.

—Perdona, pero no discuto con simios de Fuenlabrada o del maldito extrarradio que habites. No vales nada, ¿me oyes? ¡Nada!

Metí primera y salí a toda pastilla de allí, despidiéndome con mi dedo índice extendido y una sonrisa ladeada que le decía con un gesto lo mismo que acababa de decirle en palabras. No, no soy un cobarde. En verdad sí lo soy, y de los buenos, pero cuando voy puesto o la testosterona palpita por mis venas ya no hay nada que se me ponga por delante. El simio analfabeto era fuerte y sobre todo, estaba furioso. Nos habríamos atizado bien. Si me largué de allí es porque estoy esperando recibir la citación para un juicio que tengo pendiente por romperle un vaso en la cabeza a un idiota en una discoteca y, otra denuncia, no me vendría muy bien. Ese tipo era legal, solo por la pirula que acababa de hacerle, tenía razones para salir de su coche y sin mediar palabra, romperme la crisma contra el volante. Tenía los motivos y la garra necesaria; sencillamente no lo hizo porque consideró que no era correcto. Le tuve que tocar mucho las pelotas para sacarle de sus casillas, pero una vez llegados a ese punto no habría dado un paso atrás. Yo puedo salir o no del coche, jugar a que soy superior a él y mariconadas de esas que le dije, pero si entro en cortocircuito me convierto en un retrasado o algo así. Mis instintos toman el control. Con las mis-

mas que arranqué y me largué de allí, podía haber echado marcha atrás y vestido su coche pasándome por el forro el juicio. Así de puesto queda mi destino a mi impulsividad.

Cuando llegué al aparcamiento del trabajo estaba hecho unos zorros. ¿Cómo puede alguien estar tan arriba y en unas horas de nada pasar a ser el pedo de una mosca? Me dirás que llegar arriba con sexo, drogas y alcohol, y aprovechar las alturas para ser infiel, jugarme la vida al volante y enzarzarme en una pelea, parece una buena forma para que la burbuja explote y me rompa el culo contra el suelo. En cualquier caso era una pregunta retórica, ¿sabes?, no necesito tus sermones.

A pesar de ir un poco justo de tiempo me pasé por una cafetería que había cerca y me tomé una bebida energética de un tirón y un café solo. Noté los primeros efectos revitalizadores. Ante la duda de si habría unos segundos, aproveché el empujón para cruzar la acera y entrar en el hospital. Recé por no encontrarme con ningún compañero hasta que llegase a las taquillas y pudiese darme una ducha. Seguro que era solo una sensación, pero notaba cómo arrastraba los pies. Hola por aquí, buenos días por allí. Tuve suerte de que nadie me diese la brasa. La ducha me sentó bien. Me vestí y salí.

—Buenos días, doctor.

—Buenos días, Carmen. ¿Qué tal la noche?, ¿algún Lorenzo Lamas ha precisado sus servicios?

—¡Ay doctor!, el día que entre Lorenzo Lamas por admisión no vendré a trabajar. Nada más triste que ver a uno de tus ídolos en bata, meando en la cuña y gimoteando por las noches.

—Pocas dictaduras han conseguido instaurar el comunismo con el acierto de los hospitales. Aquí cada uno entra vestido de su padre y de su madre, pero todos acaban en pelotas, como en las playas. Aunque hasta por cómo anda uno por la arena parece querer dejar claro que es distinto a los demás.

—Aquí pueden jugar a eso todo lo que quieran, hasta que aparece el dolor. Hoy tiene la intervención de ese chico, el de las 323.

—Eso parece.

—¿Se acuerda, verdad? —algo debió notar en mi expresión, que delató que en un primer momento no sabía de qué me hablaba.

—Desgraciadamente. El chico del cáncer. De los muy cabrones además.

—Sí, una pena. ¿Ha visto al doctor Castillo? Se ha quitado la barba, está muy mono.

Hay una especie de pacto implícito por el que, salvo fallidas excepciones, entre el personal sanitario se intentan mutilar las emociones cuando se habla de los pacientes; de hecho, casi nunca se les llama por su nombre. Tenemos que estar fríos para que vosotros podáis aguantar un poco más de tiempo calientes. Ese es el verdadero sacrificio de la medicina, verte obligado a renunciar a tu caridad humana para anteponer la desamparada ciencia.

—No entiendo qué tiene Javier que os vuelve locas a todas.

—Tendría que ser mujer para comprendernos, pero al doctor Castillo le cambio la cuña y el cuño, ya me entiende usted.

Carmen rozaba los sesenta años y se movía por el hospital como si fuese su casa. Rellenita, de sonrisa amplia y manos fuertes. Llevar tanto tiempo contemplando y protegiendo a los seres humanos en sus momentos más frágiles le aportaba un aura de afabilidad inigualable. Estoy pensando que Carmen no es una mujer afable; a veces sí, claro, pero no es la típica buenecita de tono angelical que te colma de mimos, más bien a veces todo lo contrario, la bilis manchega cabalga a sus anchas forjando un carácter duro e inquebrantable. Si la conocieses, lo que destacarías de Carmen por encima de todas las cosas, es que al poco de estar a su lado, tienes la seguridad de que hagas lo que hagas ella no saldrá corriendo. Si pensamos en esos padres que visten a sus hijos pequeños, les dan de comer, les limpian las lágrimas, les asean desvelando el secreto de la desnudez y sus imperfecciones, y que no pocas veces acaban manchando sus blusas y camisas de mocos, vómitos y caca, te será fácil comprender el grado de compasión que puede llegar a adquirir una persona que se entrega por igual a adultos y ancianos que

hasta ayer no conocía y, que mañana no volverá a ver. No, para Carmen nuestras sombras y esquinas son el menor de los misterios, y eso, cuando andas cerca de alguien así, lo sabes.

Te digo otra cosa que tú ya sabrás. Al igual que hay para quienes el cuidado de sus hijos no es un regalo, sino una condena, hay enfermeras que son unas bastardas de armas tomar y tienen la paciencia de Satán.

—Te dejo, que tengo que reunirme con la doctora Ruiz.

—Que tengas buen día, cariño —solo Carmen puede llamar cariño a un doctor y que suene bien.

¡Dios, cómo me dolía la cabeza! Me sentía como esos himalayistas a quienes en el descenso de la cumbre les invade tal cansancio que se abandonan sobre una piedra a esperar la muerte. Creo que no me había sentido tan agotado en mi vida. Estoy acostumbrado a dormir poco, pero esta vez se me ha ido de las manos. Llevo más de cuarenta y ocho horas apenas sin pegar ojo, y ya no soy ese residente de treinta años que se ponía el mundo por montera. Por mucho que de cara a la galería diga y haga como que sí.

—¿Se puede? —tras dar unos golpecitos en la puerta de la doctora Ruiz, y a pesar de oír voces, entré antes de haber acabado la frase. Los médicos tenemos esta fea costumbre de creer que la bata nos coloca en una posición más elevada que al resto.

—Adelante.

La doctora Ruiz estaba reunida con uno de sus pacientes, pero ella también hacía gala de esta mala costumbre de considerar los derechos adquiridos por ella o cualquiera de sus colegas por encima de los de sus pacientes.

—Ah, estás reunida. ¿Espero fuera?

—No, no, ya acababa —nos encantan las intromisiones, son la excusa perfecta para dar carpetazo a los pacientes.

—Básicamente esa es la situación —continuó explicándole al enfermo—. Las crisis convulsivas se deben a la presión que está ejerciendo el tumor sobre el lóbulo frontal. Es de suponer que cuando abramos y liberemos de carga la zona, mejorará.

Joder, tendrías que ver al pobre hombre, no se había visto en otra igual. Me recordaba la cara de tonto que pongo cuando el mecánico me explica lo que le sucede a mi coche. Me puede decir lo que le venga en gana, mi desconocimiento del tema me obliga a darle el visto bueno. Vamos, que me puede estafar como a un niño. Debe ser una putada sentirse igual cuando es tu vida la que pierde aceite.

—¿Alguna pregunta?

—No, doctora, confío plenamente en usted —bien jugado, tío.

—Pues si no tiene ninguna pregunta nos vemos la semana que viene en el preoperatorio.

—Claro, gracias.

—¿Ocurre algo? —en vista de que el paciente no se levantaba mi compañera insistió.

—Solo es que... —ahí estaba yo sentado, balanceando las piernas adelante y atrás en la camilla, esperando que dijese las únicas palabras que en verdad importan—, quería preguntarle... ¿Saldrá todo bien?

—Como puede suponer cualquier intervención en el cerebro tiene su complicación, pero en la actualidad es muy raro que alguien muera en la mesa de operaciones. Se lo puede corroborar mi colega. Es anestesista.

El paciente se volvió hacia mí sorprendido, como si hubiese olvidado que estaba allí.

—La doctora Ruiz no le miente, puede estar tranquilo. Además no conozco un neurocirujano mejor.

—Una, una neurocirujana.

—Sí, sí, *una*, claro.

Nos miramos con complicidad velada, no queríamos que el paciente se diese cuenta de que estábamos de humor para discutir por esas frivolidades. Tuvo suerte de dar con nosotros. Dos médicos son capaces de dejar a medias una conversación de la gravedad que nos ocupaba, para convencer al otro de si es mejor HBO o Netflix.

—¿Tiene alguna otra cosa que le preocupe y quiera preguntarme?

—No doctora, solo darle las gracias de nuevo.

—Hasta el martes entonces.

Apretón de manos y liquidado.

—Con que *la cirujana*, eh.

—Me ha extrañado que no entres al trapo, Dani.

—He acabado por aceptar que el mundo es de las mujeres. Perdón, *la munda*.

—Ríete lo que te dé la gana, pero así es. El otro día vi un artículo sobre los cien mejores alumnos de bachillerato del año pasado. ¿Cuántos eran mujeres?

—Una, y sería un travesti.

—68 de los 100 eran mujeres. Así que sí, es de las pocas cosas en las que tienes razón: el mundo será de las mujeres.

—¿Qué pasa, que ya no os quedan hombres ni hijos que salvar y ahora queréis llevar los fogones del mundo? Tiene que faltarte un tornillo Mercedes para querer apropiarte de un saco de escombros como este.

—Te veo cansado, y no precisamente por las idioteces que dices, que son las de siempre.

—Hay demasiadas mujeres con anhelos de ser hombres en este hospital. Me agotáis.

—En serio, estás demacrado.

—No más que de costumbre.

—Deberías dejarlo, Dani. Sé que te jode en el alma que se metan en tu vida, pero no sé cuánto más podrás aguantar. Tendrías que verte.

Me dejó descolocado, más que eso probablemente. Mercedes era una compañera con la que había establecido una hermosa amistad que venía de muchos años atrás. Nunca hemos hablado de mi problema con las drogas, pero no es tonta. Tampoco se le escapa el hecho de que los anestesistas somos de todo este antro los que más facilidad tenemos de engancharnos a cualquier mierda; no en vano tenemos acceso libre a todos los medicamentos en el hospital. La conozco desde hace más de diez años. Mi romance con la coca viene de al menos veinte años atrás. Así que siempre he dado por descon-

tado que está al corriente de mi situación. Nunca ha hecho un abordaje directo, ten en cuenta que eso la dejaría en una posición delicada: o me delata o es cómplice. No la juzgues prematuramente. Para empezar, nunca la he cagado tanto como para cargarme a alguien, más que nada porque yendo puesto hasta las cejas soy mejor profesional que la mayoría de estos capullos. Si supieses lo que se cuece detrás de las batas preferirías tomarte una infusión que acudir a un médico. Somos unos especímenes para echarnos de comer aparte. Cuando Mercedes ve que ando torcido me anima a enderezarme, pero sin mencionar ni una sola vez las drogas. Aún no ha renunciado a mí. Pobre, no sé si reírme en su cara o abrazarla, con el tiempo que hace que yo me he dado por perdido. A veces se puede poner muy pesada, pero no puedo mandarla al infierno mucho tiempo; ni ella a mí. Es de los pocos espejos donde puedo mirarme y ver algo de quien dicen que alguna vez fui, o nunca he sido pero puedo llegar a ser. Para ella soy el típico estereotipo de cabrón con buen fondo al que hay que ayudar a no hundirse.

Como no sabía muy bien cómo responder a su pregunta opté por dejarle llevar la voz cantante.

—Qué quieres que te diga. Hay tantas cosas que tendríamos que dejar correr...

—No necesitas el dinero ni tienes nada que demostrar. Tu padre tendrá que aceptarlo antes o después. No puedes seguir con los tres trabajos. Acabarán contigo.

¡Guau, era eso lo que tenía que dejar! Es la segunda vez en el día que me salvo por los pelos, pensé.

—Los casos que veo en la pública no puedo verlos en ningún otro sitio, es donde más motivado me siento; la privada tiene un ratio curro-gano pasta imbatible, y la unidad del dolor en la que ayudo a mi padre, bueno, igual es lo que menos me gusta, pero me da una paga extra que viene muy bien. En el futuro esa clínica puede ser mía, y a mi padre le da algo si lo deajo colgado.

—A tu padre no le va a dar nada.

—¿Tú qué harías?

—No creo que te importe mucho lo que yo haría.

—Tengo curiosidad.

—No sé, Dani, es una decisión muy personal que nadie puede tomar por ti. Lo que sé es que me obligaría a dejar uno de los trabajos...

En ese momento entró una enfermera en el despacho sin llamar. Nos quedamos pasmados. Las enfermeras no han nacido de la pata del Cid como los médicos y carecen de esos derechos adquiridos que les permiten entrar en las habitaciones como si estas no tuviesen puertas. La miramos con cara de pocos amigos. A Mercedes el extraño comportamiento de la idiota esta le inquietó y molestó a partes más o menos iguales. A mí me tocó los huevos a dos manos.

—Doctor, ¡pero dónde estaba!

Metiéndome el dedo en el culo mientras rezaba un Ave María, pensé.

—¿Pasa algo? —Mercedes me vio venir y construyó un dique. Qué bien me conoce esta mujer.

—Tenemos una emergencia en el quirófano 3, una cesárea se ha complicado. Hemos estado llamando al doctor al busca pero estaba ilocalizable.

—Ah, sí, parece que se me ha olvidado cogerlo de la taquilla — dije mientras me toqueteaba sin éxito los bolsillos de la bata.

Mercedes me miró como diciendo: —Joder, Dani —. No abrió la boca. Este es el tipo de lealtad del que te hablaba antes.

—Ya seguiremos con nuestra conversación, doctora Ruiz, aunque difícilmente me convencerás de que las mujeres no sois medio lelas queriendo adueñaros del mundo.

Salí con calma del despacho y me dirigí al quirófano. Esta tranquilidad no es chulería, seguro que la habrás visto en bomberos y militares. Cuando hay algo que urge nada mejor que tirar de parsimonia para no meter la pata.

Es curioso cómo el agotamiento viene y va como un riachuelo que se esconde y resurge de las rocas sin un patrón identificable.

Supongo que los psicólogos sabrán seguir el curso de la desesperación como la potamología lo hace de los ríos, pero para mí es un maldito misterio. Había llegado al hospital activado por la adrenalina de la discusión con el cantamañanas ese, al poco de bajar del coche los zapatos se me llenaron de plomo y tuve que tomarme la bebida energética, en la conversación con Mercedes desperté de nuevo y ahora, otra vez, un dolor agudo martilleaba mi cabeza al compás de un corazón que había mudado sus latidos a mi sien. La vida volvía a estrujarme como una condena, no era capaz de pensar con claridad. Solo quería meterme dentro de un armario insonorizado y que la existencia me dejase al margen en su discurrir.

No hace falta ser muy avisado para darse cuenta de que esta vez me había pasado. Hasta ahí llego, no te creas. Aunque llego cuando ya me he pasado, ¡no veas cómo me cuesta verlo venir antes de llegar! Te pongo en antecedentes: antes de hoy, la última vez que trabajé en el hospital tuve guardia, por lo que me chupé una jornada de 24 horas. Los médicos, como todos los que curramos con estos turnos, tenemos callo y aguantamos con bastante dignidad. El problemilla es que cuando entré de guardia estaba saliente de la privada, y cuándo salí de la pública entré en la consulta de mi padre. Después de la consulta de mi padre lo que más le apetecía a mi cerebro no era descansar, sino seguir de jarana; supongo que estaba sobreactivado. Además, si la vida se reduce a trabajar y dormir es como para ahorcarse, ¿no crees? Eso mismo pensé yo cuando de camino a casa me desvié a tomarme una copa rápida, que acabaron siendo varias lentas cuando conocí a la dichosa Marta-Elisa. El resto ya lo conoces.

Ahora estoy de camino al quirófano y maldigo la hora en que no me fui a casa. Lo que daría por un tiro. Aunque fuese uno pequeñín.

El panorama del quirófano al entrar es el de siempre ante una emergencia: un aparente caos perfectamente organizado. La verdad es que este tipo de intervenciones que te obligan a dejarte de leches y dar lo mejor de ti mismo me ponen bastante cachon-

do. Hoy también. Ahí estaba esa mujer dormida como una mona mientras le sacaban a su hijo del vientre. No me acostumbro a esta imagen. Por más que la vea. Es un puto milagro, pero el milagro más grande que puedes echarle a la cara, el padre de todos los putos milagros. Joder, habría dado un abrazo al gilipollas del Skoda.

La paciente estaba anestesiada con la epidural, cuando sufrió una atonía uterina refractaria al tratamiento. Vamos, que perdía sangre como una cerda en el matadero. Había que cogerle con urgencia una vía intravenosa gorda para pasarle suero y sangre. El margen de error era escaso, en términos del tiempo del que disponíamos. Mi papel allí era sencillo en su ejecución pero engorroso por su relevancia. Si hubiese tenido algún residente a mano le habría dejado el papelón para ver de qué pasta está hecho. Esto también me pone cachondo: ver a los demás cachondos jugándose todo a una carta. Exactamente ante un momento de esos me encontraba yo, pero me había encontrado tantas veces a lo largo de mi trayectoria profesional en una situación parecida que la rutina había arrasado con la épica.

Cuando estaba con los preparativos para cogerle la vía, un sudor frío comenzó a recorrer mi frente y la espalda. Fui a coger la vía con decisión y la puta vena se me escabulló. Fallar en algo tan sencillo podría haber tirado la partida por tierra, pero yo no era un residente con acné que no tuviese los cojones negros de lidiar con la depravada muerte. No me agobié, respiré y volví a intentarlo con convicción. Lo hice aun a sabiendas de que la cosa no marchaba bien. Yo no marchaba bien. «Venga, Dani, esto es una chorrada, tío», me instruí a mí mismo. Volví a fallar.

—¿Todo bien, doctor? —me dijo la matrona con la mejor de las sonrisas, esa que lanza una madre a su hijo antes de que este tire un penalti.

—Solo estoy un poco mareado. Me ha debido sentar mal la comida.

«Zorra, anda que no sabes que la estoy cagando, la estoy cagando pero bien. Tengo ganas de meterle la vía a golpes, como

cuando un aparato electrónico no funciona y lo estampo contra el suelo. ¿Qué edad tendrá la paciente?, ¿treinta años? Voy a arrebatárselo a su hijo nada más nacer, y a él su madre. La voy a matar. No es una negligencia, es un asesinato. Creo que voy a desmayarme. Noto clavadas las miradas en mí, mis colegas están comiéndose unas pipas contemplando cómo me juego mi carrera profesional a un solo movimiento. No da tiempo a llamar a otro anestésista, me retirarán e intentarán hacer ellos lo que puedan. Es cuestión de segundos, no pueden esperar más. Cuando alguien ponga con cariño su mano sobre mi hombro todo se habrá acabado para mí. Dios quiera que no para ella. ¿Cómo se llamará?», los pensamientos corrían difusos a toda velocidad por mi cabeza.

—Dani, todo está bien, no te preocupes. Déjame a mí.

Veo caras borrosas que no consigo identificar. No cedo mi puesto.

—¡Doctor! —tras la urgente llamada de atención, bajó el tono—. No podemos esperar más. Tiene que retirarse, ya.

Tenía ganas de matar a todos esos cabrones que, si no estaban disfrutando de la escena, sí agradecían meter en sus aburridas vidas de mierda algo de novedad. Quería matar a ese bebé que no quiso nacer por parto natural y ahora me obligaba a aceptar que era un drogadicto sin escrúpulos. Y con un hilo de felicidad, soñé despierto que el Skoda me investía rompiéndome el cuello en un crujir seco. No me dio por matar a nadie, sino por hacer mi trabajo. Entré en un estado de trance y dejé que mis instintos hiciesen el resto. Sobrevaloramos la razón. Esta solo sirve para no meternos en líos, pero quien nos saca las castañas del fuego cuando las cosas se ponen realmente feas son los instintos. Y quizás también la disciplina. Le tomé la vía y me fui del quirófano dejando a mis compañeros hacer su trabajo.

Por suerte no tenía muchos ni grandes enemigos en esa habitación, aunque poco podrían haber hecho. No tenían forma de de-

mostrar lo que todos suponían. Por otro lado, nunca antes se había dado una situación así, que por cierto la viví con más gravedad de lo que en verdad era: si hubiera estado más lúcido habría sabido que la probabilidad de que la paciente muriese por mi error era bastante baja. Con todo, quizás alguno me denunciase. Lo entendería. Y me cagaría en todos sus muertos. Ya me entiendes.

Otra bala que pasa rozándome el flequillo. Pero esta vez no estaba eufórico. Lo contrario. Toda la tensión del día me vino de golpe y, solo de pensar en las dos intervenciones programadas que tenía por delante, puf. No sé si tú habrás estado alguna vez tan hundido como yo, espero que no, porque asusta. Después de lo que había pasado en el quirófano con esa mujer —no podía dejar de preguntarme cómo se llamaba—, en el horizonte una masa oronda y putrefacta amenazaba en su lento progresar con aplastarme sin redención. Si dejaba que esos pensamientos me dieran caza y se uniesen a otros sobre el padre, el hijo y el esposo que era, creo que no lo habría soportado. O igual sí. O igual habría acabado con todo en un acto que durante la caída no me habría dado tiempo a aclarar si era de cordura o de locura. Soy demasiado cobarde para quedarme a comprobarlo. Aprovechando que el nubarrón de porquería aún estaba lo suficientemente lejos, le di esquinazo. Soy un experto haciéndolo. Créeme, pocas personas has conocido tan buenas como yo. Soy el rey de los escapistas.

—Coño, Luis, me he recorrido medio hospital para encontrarte.

Si hubiese tenido algo más clara la mente me habría acordado que hoy Luis estaba de urgencias en la planta baja, ahorrándome jugar a la silla vacía con los atestados ascensores del hospital.

—Pues no sé qué decirte, he estado aquí todo el rato.

—¿Tienes un momento?

—Dime.

—Mejor en otro sitio —un pasillo lleno de gente no era el mejor escenario para un escapista.

—Vamos a mear y me cuentas.

Nos pusimos frente a nuestros respectivos urinarios. Luís hizo lo propio y empezó a soltar carburante. Yo me coloqué en posición pero sólo disimulé, no tenía ganas.

—Necesito *aire* —le dije en un susurro tras cerciorarme de que estábamos solos.

—¿Para cuándo?

—Ahora.

—Hostia, eso no puede ser. Mañana podría.

—¡Tiene que ser ya! —me acerqué a su cara, parecía un perturbado acosándole mientras meaba.

—Creo que tengo algo en el coche. Si tanta prisa tienes, puedo dártela cuando salga de currar.

—Luis, la necesito ahora, en este mismo instante. ¡Entiendes!

Cómo no va a entender si se maneja en este mundillo como bailarina entre bambalinas. Qué digo, ¡pero si es el DJ que pone la música para que los demás bailemos! Y si no lo entendía, cuando le cogí del brazo como lo hice, con la mirada perdida en el más profundo de los vacíos, lo entendió la mar de bien.

—Es poco.

—Me vale.

—Como quieras.

—Venga, vamos. Salgo contigo.

—No, mejor no —Luis titubeó, no quería que pensase que me quería dar largas, pero se atrevió a imponer la sensatez—. Si nos ven a los dos con las batas trasteando en el coche vamos a levantar más sospechas. Mejor voy yo. Quedamos aquí dentro de quince minutos. ¿De acuerdo?

—Venga, tío, date prisa. Necesito aire.

Luisito, menudo mamón. Tiene un lacio pelo castaño que le cae a ambos lados de la frente como un libro abierto. En mi época solo por llevar ese peinado te caían tortas, ahora todo vale. Y cuanto menos valga, más vale. Siempre va en camiseta, debajo de la bata quiero decir; no sé si lo hace porque es muy caluroso o porque le gusta exhibirse. Oler, huele a demonios, y tiene más tinta en los brazos que la capilla Sixtina, así que lo hará por ambas razones. Lo

conocí hará un año en una fiesta de un compañero. Recuerdo que me pregunté cómo habría hecho ese residente mocososo para colarse en la fiesta de los *mayores*; a todos nos extrañó, pero dedujimos que mantendría alguna relación con el anfitrión. Ahora sé qué relación tenían, la misma que tiene conmigo. Rápido congenié con él. Era un tío bastante extrovertido, de estos médicos de nueva hornada que se comen el mundo sin pan ni vino, con una seguridad en sí mismo que debilita algo las piernas a quien le saca casi treinta años y sabe que antes o después le quitarán el bollo del recreo. Me estubo hablando de los mil y un festivales a los que iba, le sorprendió que un carcamal como yo hubiese estado en la mayoría de ellos.

Copa por aquí, copa por allá, porrito que sube, porrito que baja. Hace años era de buen gusto compartir la droga del alcohol, mientras que con los canutos había que andarse con un poco más de ojo. Ya no. Porros y alcohol están al mismo nivel y quien quiera puede hacer uso de ellos públicamente, que no será juzgado como un rara avis. Hicimos buenas migas y las quedadas en la cafetería se producían de vez en cuando. Si algo hay que reconocerle a Luís es que tiene cojones. Pero no cojones de estos gilipollas que se tiran con los ojos cerrados contra un elefante solo para demostrar que son más valientes que el copón. No, él tenía los cojones llenos de neuronas superdotadas. Siempre dudo con este tipo de personas si son inteligentes o listas, para mí que Luis era las dos cosas. Igual piensas que para tener la siguiente conversación había que ser también bastante temerario. Te equivocas. Luís me tenía fichado desde el primer día, y no fue un salto tan arriesgado como pueda parecer, porque abajo sabía que había red, una red bien grande y sólida, entrelazada por una vida entera de consumo. Las putas y los camellos son de los gremios que mejor calados tienen a sus clientes.

—¿Sabes, Dani, lo que la vida te va quitando al poco de nacer?

—No —cómo me jode cuando la gente va de monje saolín con sus tonitos y sus frases pausadas.

—La ingravidez.

—Ah.

—Dani no empezó a ser Dani cuando naciste, cuando tus padres te pusieron este nombre que bien podría haber sido cualquier otro. No. Tú, querido amigo, viniste a este mundo en el mismo instante que el más espabilado de los gusanitos de tu viejo metió mano al esponjoso óvulo de tu madre. Ahí, justo ahí, naciste.

—No te ofendas, pero lo de la avispa y la flor lo estudió mi hijo en primaria.

—Desde que naciste, y durante nueve meses, estuviste flotando. ¡Flotando! —Luis se revolvía en la silla de la excitación—. Nada importaba, nada pesaba, nada buscabas. Todo estaba saciado. La temperatura, el alimento, el afecto, todo quedaba cubierto en esa bolsita que tu madre con tanto amor y determinación protegía. En un intento absurdo de hacer la vida menos jodida de lo que es, los niños son expulsados del paraíso en horizontal, yendo a caer cómodamente en las mullidas manos de nuestros colegas los ginecólogos, pero si dejásemos a la naturaleza hablar, como hace con el resto de animales, el niño se metería una pedazo de hostia desde el coño de su madre contra el suelo. Puedes verlo en cualquier documental de esos de bichos. Se acabó la ingravidez, bienvenido a la vida en la tierra. Una vida que impone una gravedad sobre cada paso que das, cada pensamiento que tienes, cada sueño pedido, aplastante. Ni tirarte un pedo es fácil con todo ese peso sobre ti. ¿Qué te voy a contar de tener padres, hijos, enfermedades, casarse, trabajar, estudiar o aguantar al vecino? Todo, todo lo que haces, piensas o sientes; el pasado, el presente y el futuro; las alegrías, los pesares y las ilusiones; todo, absolutamente todo, sucede bajo esa gravedad que nos impide levantar los pies del suelo. La vida es muy pesada, Dani. Pero no tiene por qué serlo. Hay que rebelarse, hay que volver a ese vientre materno que flota sobre el cruel asfalto. Dani, hay que meter aire en los pulmones para elevarse como un globo y recuperar la libertad que nos robaron, hay que rodearse de aire que amortigüe los golpes. ¿No te gustaría, amigo, que tu vida fuese más ligera? Volverías a ser como los niños. Invencible.

Ahí estaba ese crío de mierda intentado convencerme de algo

de lo que yo estaba más que convencido, aunque tengo que reconocer que jamás habría podido explicarlo con tanta persuasión. Pero ya te dije que Luis tenía los huevos llenos de neuronas superdotadas. Su discursito no fue para tantearme o seducirme, sabía de sobra de mis vicios, solo quería asegurarse que fuese él y no otro quien me los administrase. A partir de ese día dejé a mi camello de siempre que vendía cocaína, por aquel otro que prometía colmar-me de aire. Y al mismo precio.

—¿Estás solo? —dijo en voz baja al entrar en el baño quince minutos después.

—Sí.

—Es poco, ya te lo dije.

Le extendí la mano, temblorosa. En un movimiento rápido ya habíamos hecho el trueque.

—Gracias, ya te lo pagaré.

—Invita la casa.

Me di la vuelta sin más, estaba impaciente por meterme en el cagadero y cerrar la puerta.

—¡Dani!

Luis no acabó la frase. No hacía falta. La forma en la que me llamé y esa mirada no dejaban dudas de que me estaba pidiendo que tuviese cuidado. Estaba preocupado. Preocupado de que palmase en ese retrete y tirando del hilo llegasen hasta él, preocupado de perder un cliente tan asiduo y buen pagador como yo era, y preocupado porque de alguna manera me había cogido cariño, como esas putas que te acarician el pelo, no para que creas que están enamoradas de ti, sino porque cierto instinto maternal resiste entre billete y billete.

Me encerré en ese ridículo espacio para esnifar el aire que me diese fuerza para seguir con la travesía por el desierto. Tuve una novia, cuando era joven y aún no se me pinzaba la cadera al follar ni tenía que tomar pastillas para que se me pusiese dura, que vomitaba como la fuente de la Cibeles. Era compañera de la universidad. Estaba diagnosticada de trastorno de la alimentación, bulimia

en concreto. Me caía bien. No la dejaba por pena. Si has sido joven sabrás cómo acaban estas cosas: no quieres joderla por pena y acabas jodiéndola tres veces más. Y no te decía si has sido joven porque no puedas hacerlo de adulto, sino porque en la juventud aún hay algo de verdad en la inocente creencia de que seguir con alguien que no amas es protegerle. Cuando Julia vomitaba se sentía a la vez la persona más asquerosa del mundo y la más liberada. De rodillas frente al retrete, las puntas de su precioso y cuidado pelo tintadas de vómito, la cara metida donde el resto de personas echan los deshechos que salen de sus culos, sus delicados dedos chorreando bilis y pequeños restos orgánicos, y a la vez, se sentía libre de ese veneno llamado comida que la condenaba a ser la puerca que un día y otro veía frente al espejo; según sus propias palabras. Tendrías que haberla conocido fuera del wáter. Una chica de grandes ojos negros cautivadores, cuerpo bonito y curvas seductoras, inteligente y divertida. Era casi perfecta. Por desgracia, era precisamente ese *casi* lo que buscaba desesperadamente encontrar al vaciar su estómago.

Mientras preparaba la coca sobre la tapa del excusado la excitación se iba apoderando de mí —¡excusado! Menudo mamarracho hortera el que inventó esta palabra—. Por un momento me vi desde fuera: el prestigioso médico apoyando sus rodillas en un suelo manchado de orín, que a punto había estado de matar a su paciente, de pelearse con un buen chico y de provocar un accidente de coche, sujetaba entre sus dedos el canutillo con el que esnifaría la coca, obviando el resplandor del anillo que le recordaba que tenía una mujer a la que había traicionado horas antes... Sniffff... ¡Agggg! Un aire puro y fresco entró como un huracán y se llevó todo eso.

Ya me había ventilado una de las dos intervenciones que tenía programadas para ese día. Esta vez todo fue bien, sin contratiem-

pos. Vientos alisios soplaban limpiando mi ánimo de pensamientos sombríos. Sí, para depositarlos en otro lugar. Pero eso ya sería otro día.

Me dirigí al quirófano. Un paciente de digestivo y todo su séquito médico esperaban mi llegada para que diese el pistoletazo de salida a la operación que sacaría el colon de su perpetua clandestinidad. No sabría explicarte lo que siento cuando induzco el sueño en una anestesia general. Es como arrebatarse la vida a alguien, lo cual no es del todo descabellado. Si esa persona estuviese durmiendo en su casa y la intentase violar, robar o me diese por cortar el pelo, se despertaría. Si está anestesiado, no. No hay mayor acto de confianza que dejar que te induzcan un sueño del que no puedes despertar. Claro que la alternativa es ver y sentir cómo te abren como casquería extremeña. También me asombra que esté hablando con mi paciente, distrayéndole mientras la anestesia se junta con la sangre, y de repente deje de existir. Ahora está dándole vueltas a la hipoteca, el trabajo, la familia, los planes del fin de semana, y ahora se apaga el interruptor y todo se va. No se apaga, lo apago yo. Soy yo quien lo desconecta, quien de alguna manera le arrebatase su identidad convirtiéndolo en un vegetal, y eso me hace sentir... La verdad es que no sé si sé ponerlo en palabras ni si quiero compartirlo contigo.

Amor, amistad, ilusiones, diversión y aventuras, la vida late con fuerza, pero el gesto de plenitud que tienen mis pacientes sobre la fría camilla de metal, no es fácil encontrarlo ahí fuera. Me da pena despertarlos.

Tras esa anestesia mi turno había acabado. Por fin. No me lo podía creer. Iba quitándome los guantes por el pasillo cuando una mujer reclamó mi atención.

—Perdone, ¿puede ayudarnos?

Tendría algo más de cincuenta años, ecuatoriana o boliviana, siempre me lío con los sudamericanos, cosa que a ellos les sienta como un patada en la boca del estómago.

—Dígame.

—Llevamos esperando mucho rato, señor, pero no nos atienden. Mi niño se encuentra muy mal —su niño en cuestión era un hombre de unos noventa años sentado en una silla de ruedas que estaba a su cargo mientras la pagasen.

—¿Les ha atendido alguien?

—Esa señorita de allí —dijo señalando a una enfermera que estaba sentada en recepción rellenando unos papeles—. Nos ha dicho que esperemos, pero llevamos aquí más de diez minutos y nadie nos atiende. Yo no quiero molestar, usted sabe, pero le duele mucho.

Me quedé mirándola. Mientras me hablaba no dejaba de acariciar el pie necrosado del anciano. Toda la extremidad estaba hinchada, morada; las uñas, de un color amarillento, parecían la carcasa de un cadáver. Ese pie era un pecio hundido del que el mar se estaba adueñando, convirtiéndolo en una reliquia arqueológica. El tiempo iba creando sobre él una suerte de arrecife de callos, protuberancias y demás malformaciones y, pronto lo haría desaparecer.

Ella, por otro lado, era una mujer fea, o igual no era fea, sino pobre. Su cara era desagradable en cualquier caso. Los ojos pintados de un azul violeta cutre, los dientes sucios, separados, ausentes, algunos de ellos tachonados de coronas metálicas. La tez descuidada, quebrada. Imposible de borrar con cremas el sufrimiento de toda una vida; tan imposible como que dispusiese del dinero necesario para comprarlas. Además, esas lociones son para las mujeres que tienen cutis, ella mudó la piel al poco de nacer por el cuero.

No podía dejar de mirar cómo masajaba una y otra vez el pie de ese vejestorio. Lo hacía con tanto cariño como si para ella no hubiese diferencia entre manosear los rechonchos piecitos de un hermoso bebé y las decrepitas pezuñas de un viejo. La envidié. Envidié que desde su pobreza y su fealdad estuviese tan alejada de los clichés que a mí me sitiaban, envidié la sencillez con la que podía acercarse a otra persona y arrullarla y ampararla. La envidié y la admiré. Su fuerza me humillaba, y por un momento quise desprenderme de todo lo que me hiciese distinto a ella.

—Creo que esa mujer está esperando a que se la atienda.

—¿Cómo dices?

—*Dice, cómo dice*, querrá decir.

—Como quiera. ¿Cómo *dice*, doctor? —rápido supo a qué me refería. Idiota o no, sabe que en los hospitales rige la jerarquía militar.

—Atienda a sus pacientes.

—Eso hago. ¿O me ve haciéndome las uñas? Por cierto, ¿Usted no es de esta planta no?

—Ni falta que hace. Si ese hombre tuviese cuarenta años le habría montado una buena si la viese aquí sentada sin atenderle —anda que no lo sabía ella.

—¡Qué intenta decirme!

—Algo muy sencillo. Haga su trabajo.

La cosa acabó mal, como sucede siempre que se juntan dos camorristas. Primero fue un intercambio de reproches, luego de gritos, y si no aparece por allí Javier, un colega de digestivo, a separarme, le calzo una hostia. Igual crees que exagero. Pues te equivocas. Tuve una novia que cuando la dejé por su amiga me dio un bofetón. Fue un acto instintivo, pero inmediatamente se lo devolví. No muy fuerte, pero desde luego tampoco superfluo. Recuerdo a otra loca que se bajó de su coche en un semáforo y empezó a darle patadas a mi puerta, del empujón que le metí se acojonó para tres vidas. No me enorgullezco, pero tampoco me avergüenzo. Es un acto reflejo. Da igual que la agresión venga de un niño, una mujer o mi mascota, si me dan la devuelvo. También me sucede con las cosas, si me choco con una esquina le doy una patada. Es cierto que la enfermera no había hecho amago de pegarme ni nada que se le parezca, pero como ya sabes no estaba siendo mi mejor día. Sobra decir que el estrés, el cansancio y la coca no facilitaban las cosas.

¿Te acuerdas cuando de crío no llevabas hechos los deberes y contenías la respiración cuando el profesor sacaba un alumno a la pizarra? Creo que llevaba 48 horas manteniendo la respiración, pendiente de un hilo que daba la impresión que se rompería en

cualquier momento. Quizás no llevaba así horas sino años, y una parte de mí quería romper esa brizna que me sustentaba para acabar de una vez por todas con la angustia que arrastraba. El rey de los escapistas estaba exhausto de escapar. Mi instinto de supervivencia me volvía escurridizo, pero algo dentro de mí deseaba que me atrapasen. Me dejé caer con pesadez en el asiento del coche, contento de tener un hogar al que dirigirme y donde poder dormir y olvidar. Comenzar de nuevo. Hacer las cosas bien. Necesitaba contactar con esa otra vida que tenía y, que a pesar de amarla, cada cierto tiempo tenía el imperioso impulso de huir de ella. Destruirla.

Conduciendo me invadió cierta paz. Pensamientos amables surcaron mi atiborrada cabeza: —No puedo seguir así, he tocado techo. Se acabó, ¿me oyes? ¡Se acabó! No más mujeres, no más fiestas, no más drogas. Sobre todo eso, no más drogas—. Mientras me convencía a mí mismo estrujaba el volante con fuerza como si mi futuro pudiese amasarse ahí mismo entre mis dedos. —Sofía no se lo merece. Es una mujer maravillosa, joder. Me ha dado más oportunidades de las que nadie me habría dado. ¡Tengo una puta familia! ¿En qué coño pienso cuando me meto un tiro? Solo tengo que hacer las cosas bien. Es sencillo, es bastante sencillo, Dani. Voy a pedir al peque que me haga un dibujo y al mayor una poesía y todas las mañanas voy a mirarlo para que me de fuerzas. Los primeros días van a ser cabrones, pero luego todo se arreglará. Dejar la coca es como dejar cualquier otra cosa. Al principio, estás convencido de que no podrás vivir sin ello y, cuando han pasado unos meses, te ríes de ti mismo de haberte creído semejante estupidez. Solo tengo que aguantar unos meses. ¡Vamos! ¡Vamos, Dani! Has podido con cosas más difíciles—. Visto desde fuera sonaba bastante convincente. Si vendiese biblias te aseguro que más de uno me la habría comprado. Yo mismo la compré. Solo tenías que verme la mirada, parecía la de alguien que ha sido tocado por una revelación. La verdad es que me sentí ligero, así de golpe. Fue una sensación... Fue una sensación... Bonita. Creo que bonita es la palabra. Estaba en uno de esos momentos en que observas el mundo y todo te gusta. Los árboles relucen en un eterno

esplendor otoñal, los ancianos despiertan la fascinación de quien conoce el sentido de la vida, las parejas de la mano hacen creer en el amor y los niños, jugando, en la humanidad. El cielo siempre altivo se vuelve mullido y maternal, la música te emociona, los pesares del pasado y los tormentos del futuro languidecen en la distancia, y así con todo. Sí, con pensamientos así uno puede conducir despacio. Lo malo de conducir despacio es que si a uno le da por pensar, nunca sabe lo que a la fábrica de pensamientos le va a dar por sacar del taller: —La vida empieza donde uno decide que empieza. Se acabaron los reproches, debo mirar adelante—. De repente, como si se hubiese producido un cambio de turno en la fábrica de ideas, unos nuevos operarios comenzaron a trabajar: —¡Qué fácil mirar adelante cuando son otros los que sufrieron atrás! Y no sufrieron porque tuvieran mala suerte, fui yo quien les hizo la vida imposible. También les hice felices. Al menos eso me dirán los que me quieran consolar. Patrañas, juegos de palabras para negar una realidad muy simple: soy un hijo de puta. ¿A quién quiero engañar a estas alturas? ¿Cuántas veces he llorado tirado en un banco de madrugada o en el regazo de Sofía, asegurando que había tocado fondo y que a partir de ese momento todo iba a ser distinto? ¿Qué hace que esta vez vaya a ser diferente? Son tantas las veces que he fracasado. Tantas—. Tenías que haberme visto llorando a moco tendido, daba hasta lástima. Pobre. Qué forma de hacerme trampas al solitario, qué perdido estaba, qué frustración querer hacer las cosas bien y no ser capaz. Como en una mala digestión regurgité toda la mierda que tenía dentro y la vida volvió a saberme a mercurio. Me volvía loco por ponerme un poco de perico entre los labios para quitarme ese asqueroso sabor de boca. Como no tenía mercancía a bordo aceleré, que es mi forma de conducir, como ya te dije, cuando no quiero pensar.

El camino de vuelta a casa desde el hospital no solo era siempre el mismo en su recorrido, sino en su ejecución. Apuraba siempre el mismo carril para evitar el tapón de entrada a la M-30, una curva a la derecha de casi 360° la tomaba a toda pastilla, por placer, y cosas así. Entre esas costumbres estaba la de salir como un cohete del

semáforo de la calle Sainz de Baranda para que me diese tiempo a cruzar Doctor Esquerdo antes de que se cerrase el siguiente disco. La calle hace una curva cuando llega a la avenida, por lo que te plantas allí de repente. No pocas veces me encuentro a peatones cruzando mal, sorprendidos de que surja de la nada montado en mi enorme todoterreno negro como un jinete del apocalipsis.

Ese día iba por Sainz de Baranda a toda mecha cuando vi a cierta distancia que el semáforo del cruce cambiaba del verde al ámbar. Aceleré un poco más. Tenía cogida la medida a esa maldita calle y sabía que me daría tiempo a pasar. Así fue. Empecé a cruzar Doctor Esquerdo, una de las colapsadas arterias de Madrid que vive en un permanente riesgo de aneurisma. Algo se movía donde no tenía que moverse nada. Lo identifiqué. Tardé más de lo normal. Mis reflejos estaban mermados por el desgaste de los últimos días. Era un vehículo. No tenía que estar ahí, bajando perpendicular a mí. Por la forma, el color y las luces que llevaba sobre él lo reconocí como una ambulancia. No reaccioné. Al instante seguí sin hacerlo. Al siguiente instante di un volantazo. Otro coche, este pequeño y de color verde manzana, estaba parado algo ladeado, dejando pasar a la ambulancia. No lo vi. O sí lo vi y no lo integré en los datos de la ecuación. Eso que te explicaba de que a veces miro sin ver, ando sin avanzar, pienso sin definir. Clavo los frenos. Apenas derrapa el coche porque no hay distancia entre ambos vehículos. Doy un grito. Justo antes de embestir el coche verde puedo ver a alguno de sus ocupantes. Veo su mirada. El terror. El miedo como nunca antes lo había siquiera imaginado. Estruendo. Agresividad. Otra vez una agresividad nunca vista. El tiempo se detiene. El silencio me envuelve. Todo queda quieto. El morro de mi todo terreno penetrando por las puertas del otro coche, el conductor momificado a medio camino de salir catapultado a la derecha, mi cuerpo expulsado hacia delante amordazado por el cinturón de seguridad... Mi campo visual se abre. Detrás del conductor hay una silla de un bebé, o un niño, casi no se le ve. Las agujas del reloj vuelven a moverse y el tiempo se echa a bailar. Un fogueo. Algo

indefinido y abstracto me sacude la cara, los hombros. Los airbags han saltado. En el retroceso, medio inconsciente, compruebo con pavor que algo ha saltado encima del coche y viene rodando a toda velocidad hacia mí. Es un cuerpo. Ojalá esta vez pudiese mirar sin ver, pero no. La cabeza del niño da un golpe seco contra el cristal delantero, se deforma y sale rebotada hacia arriba siguiendo su camino, dejando en la luna un reguero de viva sangre. Mi coche se ha detenido, el otro ha acabado varios metros más allá, boca abajo. Mi todo terreno debe pesar tres veces más, el grande gana al pequeño, las leyes de la primigenia naturaleza siguen reinando en el asfalto. Abro la puerta. Todo es surrealista. El mundo ha enmudecido, paralizado, incoloro e insípido. Miro a mi alrededor y confirmo que estoy en otro planeta. Los viandantes no se mueven, los coches no avanzan, los edificios nos vigilan. Lucifer reanuda la partida y varias personas comienzan a correr hacia donde me encuentro. Me acuerdo del crío. Miro detrás de mí. Yace en el suelo. Lucifer no ha quitado la pausa para él, esperemos que lo haga Dios. Una mujer ensangrentada y con un brazo colgando en una postura inverosímil aparece en escena y se tira sobre el niño entre lágrimas de acuarela. Miro a mi alrededor. Hierros, chapa, líquidos inundando el suelo, humo de mi radiador, personas invadiendo el coche volteado... Una mano agarra con cariño mi brazo. Me habla. Miro sin ver. Escucho sin oír. Respiro sin vivir. Me desmayo.